



(Etno)musicologías en modo *selfie*

Miguel A. García

Entre el 11 y 17 de julio del presente año, en el campus de la Chulalongkorn University – Bangkok, Tailandia–, se llevó a cabo la 45ª Conferencia del International Council for Traditional Music (ICTM). El evento lució, como en ediciones anteriores, su *ethos* multicultural, esta vez plasmado en la presencia de delegaciones de 76 países y en la presentación de más de 600 ponencias. Un recorrido por las sesiones, mesas redondas, talleres y reuniones de los *Study Groups* permitió adquirir una idea general del mosaico de temas y perspectivas que, desde geografías distantes, confluyen en el estudio de las prácticas sonoras, musicales y dancísticas.

Una mirada de conjunto de la Conferencia no solo devela los efectos saludables que han tenido y tienen sobre la investigación la crítica posmoderna, la perspectiva de género, la teoría decolonial y cierta politización que se ha dado en varios ámbitos de la academia, sino también pone de manifiesto la necesidad de mantener activas esas corrientes de aire fresco a fin de monitorear el quehacer de nuestras disciplinas frente a los cambiantes escenarios culturales y políticos, y, particularmente, frente a las nuevas circunstancias migratorias. Dos de las discusiones que pusieron de relieve dicha necesidad, acaecidas fuera de las instancias formales de presentación de las ponencias, se desarrollaron en torno a los dilemas éticos que conllevan el trabajo con personas altamente vulnerables –como quienes en los últimos años intentan llegar a Europa desde Asia y África o quienes migran en Latinoamérica de sur a norte– y el uso del método conocido como autoetnografía.

La investigación sobre las prácticas musicales de personas o grupos migrantes que viven un presente dramático, escapan de un pasado signado por la pobreza, la guerra o la persecución y buscan un futuro que se presenta en el mejor de los casos incierto, corre el riesgo de retrotraernos al cientificismo que prevalecía en buena parte de la musicología comparada, es decir, corre el riesgo de ponernos nuevamente en el rol de partícipes de un colonialismo obscuro. Recordemos que en nombre de la ciencia los musicólogos comparatistas celebraban el hecho de realizar y almacenar registros sonoros de pueblos que iban camino a la extinción. Esa celebración descansaba en una ciencia que se creía infalible, imparcial, descomprometida, suprema, urgente y prioritaria. Por muchas razones, el drama de los migrantes que hoy en día cruzan el Mediterráneo y buscan un estatus de refugiados no es equiparable a la tragedia que vivieron, por ejemplo, los pueblos de Tierra del Fuego –Chile y Argentina– a principios del siglo XX, momento en que sus cantos eran capturados por el fonógrafo y enviados al Archivo de



Fonogramas de Berlín para ser preservados y estudiados. Sin embargo, la responsabilidad de la academia no ha cambiado. El interrogante, la duda y aun la tenue curiosidad que hacen surgir un objeto de estudio están siempre desbordados de ideología y de decisiones éticas, más aun cuando ese objeto se construye con personas que pertenecen a culturas diferentes a la del observador. ¿Convertir en objeto de estudio las prácticas musicales de personas que están en una situación crítica no es acaso una forma de frivolar esa situación o al menos de ponerla en un segundo plano?, ¿no es obsceno el hecho de que los artículos, libros y las conferencias que recogen los resultados de ese tipo de investigaciones sirvan, entre otros propósitos, para asegurar nuestra permanencia en la academia, alimentar nuestro ego y justificar nuestros sueldos? Hemos creado muchos recursos para que al menos el primero de los dos interrogantes adquiera la respuesta que queremos, es decir, para asumir cierta responsabilidad social y colaborar en la superación de los dramas que aquejan a las personas. Esos recursos teóricos y metodológicos llevan los nombres de *activist ethnomusicology*, *advocate ethnomusicology*, *participatory action research*, *shared reseach practices*, *active ethnomusicology*, *participative ethnomusicology*, *collaborative ethnomusicology*, *dialogical ethnomusicology*, entre otros. Más allá de la loable intención de quienes trabajan desde esas perspectivas, siempre queda una duda: ¿en qué radica su eficacia? ¿en su capacidad para intervenir en la realidad o en su capacidad para atenuar la culpa del investigador mediante la adopción de una posición “políticamente correcta”? Esta es, sin duda, una cuestión neurálgica difícil de dirimir que venimos discutiendo desde hace décadas de cara a los estudios sobre los pueblos originarios y que debe mantenerse siempre expuesta a la vigilancia y el escudriño de las teorías críticas. No obstante, el hecho de que solo unos pocos proyectos hayan logrado asistir a personas en situaciones de vulnerabilidad o en estado de crisis humanitaria sin apartarse de nuestras especificidades, no debe hacernos desentender de esas realidades ni desistir de encontrar recursos más eficaces de intervención.

Como fue dicho, el empleo del método autoetnográfico en unas pocas presentaciones de la 45ª Conferencia del ICTM también despertó inquietudes de orden ético entre los participantes. En su versión más radical, la autoetnografía se constituye en la escritura misma y hace del sujeto que escribe el centro de todas las reflexiones e impresiones mediante textos plagados de pronombres personales de la primera persona del singular. Como todo género discursivo, el de la autoetnografía presupone un receptor; un receptor proclive a aceptar un escritor que domina dos posiciones, la del autor y la del personaje de su narrativa. El problema se suscita cuando las reflexiones e impresiones se construyen en torno a personas lábiles, marginalizadas, huérfanas de estado. En este caso la autoetnografía parece dejar de ser una reacción exagerada contra la aclamada objetividad del positivismo para pasar a ser una reacción irresponsable de la posmodernidad, un uso indolente de la otredad travestido de discurso académico, una *selfie* devenida en texto. Aunque la autoetnografía no se encuentra en su apogeo, parece haber encontrado un nuevo nicho donde alojarse, la llamada *artistic research*; área que está dando a luz investigaciones en las cuales el objeto de reflexión es el proceso creativo del propio investigador. Estos casos no parecen incurrir en actitudes de indiferencia hacia terceros ni en transgresiones a los preceptos éticos que embanderan varias corrientes de las (etno)musicologías. No obstante, estimulan la formulación de otros interrogantes: ¿el carácter autorreferencial de

esas investigaciones es el reflejo o la realización misma del individualismo que pregonan aquí y allá el capitalismo?, ¿estamos dispuestos a movilizar enormes recursos académicos – instituciones de educación, sistemas de evaluación, publicaciones, financiamiento de proyectos, organización de congresos, etc.– para hablar de nosotros mismos?, ¿podemos usar el término “investigación” para tales ejercicios de autorreflexión? Nuevamente estamos ante interrogantes difíciles de responder pero que, a la luz de las teorías críticas, pueden adquirir una gran variedad de respuestas.

Los dos temas aquí expuestos desembocan en un dilema ético con derivaciones teóricas y metodológicas que ponen en foco las relaciones entre las personas, el uso de los recursos académicos, las posiciones de poder y la validez misma de nuestras disciplinas. Habitualmente estos temas tienen un tratamiento acotado y hasta marginal dentro de los eventos académicos, tal como sucedió en la *Conferencia* del ICTM. ¿Se debe este tratamiento a la aprensión que genera el hecho de poner en duda la razón de ser de nuestras rutinas?, ¿se debe a que ni siquiera los reconocemos como problemas?



(Ethno)Musicologies in Selfie Mode

Miguel A. García

Between the 11th and 17th July of the current year, the 45th *International Conference of the Council for Traditional Music* (ICTM) was carried out in the campus of Chulalongkorn University – Bangkok, Thailand. The event exhibited, as in previous occasions, its multicultural ethos, this time expressed by the presence of delegations from 76 countries and by the presentation of more than 600 papers. A tour of the sessions, round tables, workshops and meetings of the Study Groups allowed acquiring a general idea of the mosaic of subjects and perspectives which, from distant worlds, converge into the study of sound, music and dance practices.

An overview of the *Conference* not only unveils the beneficial effects brought about by postmodern criticism, the gender perspective, the decolonial theory and a certain degree of politicization which has occurred in several areas of academia, but also the need to maintain those currents of fresh air active in order to monitor the work of our disciplines in view of changing cultural and political scenarios and, particularly, of the new migratory circumstances. Two of the discussions which highlighted that need, and which took place outside the formal instances of the presentations, developed around the ethical dilemmas involved in the work with highly vulnerable people –like those trying to reach Europe from Asia and Africa or those migrating in Latin America from south to north– and in the use of the method known as self-ethnography.

Research into the musical practices of migrating people or groups who are living a dramatic present, escaping from a past marked by poverty, war or persecution, and seeking a future which in the best of cases appears to be uncertain, runs the risk of making us return to the scientism which prevailed in a good part of comparative musicology, that is to say, runs the risk of putting us again in the role of participants of an obscene colonialism. Let us remember that in the name of science, comparative musicologists celebrated the making and storing of sound recordings of peoples who were on the way to extinction. That celebration rested on a science which was believed to be infallible, impartial, uncommitted, supreme, urgent, and a priority. Because of many reasons, the drama of the migrants who nowadays cross the Mediterranean and seek the status of refugees is not comparable with the tragedy experienced by, for example, the peoples of Tierra del Fuego –Chile and Argentina– in the early xx century, when their songs were captured by the phonograph and sent to the Phonogram Archive in Berlin to be preserved



and studied. However, the responsibility of academia has not changed. The question, the doubt and even the faint curiosity which make an object of study emerge are always overwhelmed with ideology and with ethical decisions, even more when that object is constructed with people who belong to different cultures from that of the observer. Is converting the musical practices of people who are in a critical situation into an object of study not perhaps a way of treating that situation lightly or at least of putting it to second place? Is it not obscene that the articles, books and conferences which collect the results of that kind of research serve, among other purposes, to secure our permanence in academia, to feed our egos and to justify our salaries? We have created plenty of resources so that at least the first of the two questions has the answer we want, that is to say, to assume certain social responsibility and collaborate to overcome the drama afflicting the people. Those theoretical and methodological resources have the names of activist ethnomusicology, advocate ethnomusicology, participatory action research, shared research practices, active ethnomusicology, participative ethnomusicology, collaborative ethnomusicology, dialogical ethnomusicology, among others. Beyond the laudable intention of those working from such perspectives, the doubt always remains: what does their efficacy lie in? In their capacity to intervene in reality or in their capacity to mitigate the researcher's guilt through the adoption of a "politically correct" position? This is, no doubt, a crucial question, difficult to resolve, which we have been discussing for decades with regard to the studies of indigenous peoples and which must always be kept exposed to the vigilance and scrutiny of critical theories. However, the fact that only a few projects have succeeded in assisting people in situations of vulnerability or in a state of humanitarian crisis without parting from our specificities, must not make us ignore those realities or desist from finding more effective resources of intervention.

As has been said, the use of the self-ethnographic method in a few presentations of the 45th Conference of the ICTM also generated concerns of an ethical order among the participants. In its most radical version, self-ethnography is the writing itself and makes the writer the center of all reflections and impressions through texts fraught with first person singular personal pronouns. As all discursive genres, that of self-ethnography presupposes a receptor, a receptor prone to accept a writer who masters two positions, that of the author and that of the character of his/her narrative. The problem arises when the reflections and impressions are constructed around labile, marginalized people, orphans of state. In this case, self-ethnography seems to stop being an exaggerated reaction against the acclaimed objectivity of positivism to become an irresponsible reaction of postmodernity, an indolent use of the otherness crossdressed as academic discourse, a selfie turned into text. Although self-ethnography is not at its highest, it seems to have found a new niche where to lodge, the so-called artistic research, area which is giving birth to research in which the object of reflection is the creative process of the researcher him/herself. These cases do not seem to have attitudes of indifference towards third parties or to violate the ethical precepts which several currents of (ethno)musicologies hold on to. However, they stimulate the formulation of other questions: Is the self-referential character of that research the reflection or the very realization of the individualism which capitalism proclaims here and there? Are we willing to mobilize enormous academic resources –educational institutions,

evaluation systems, publications, project financing, organization of congresses, etc.– to talk about ourselves? Can we use the term “research” for such self-reflection exercises? Again, we are in the presence of questions which are difficult to answer but which, in the light of critical theories, may acquire a great variety of answers.

The two subjects presented here lead to an ethical dilemma with theoretical and methodological derivations which focus on the relationships between people, the use of academic resources, positions of power and the very validity of our disciplines. Normally, these subjects have a limited and even marginal treatment at academic events, as it occurred at the *Conference* of the ICTM. Is this treatment due to the apprehension generated by casting doubts on the reason for being of our routines? Is it due to the fact that we do not even recognize them as problems?